



FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barberá, 14 y 16 - Barcelona

AÑO VII APARECE LOS JUEVES NÚM. 294

ASTUCIA DE MUJER

Narración novelada de la película del mismo
nombre, interpretada por la simpática artista

MARY ASTOR

Narración de HARRY BALTYMORE

**PRODUCCIÓN
RADIO PICTURES**

Distribución S. I. C. E.

Paseo de Gracia, 77 Barcelona

REPARTO

Nancy	MARY ASTOR
Don Gibson	Robert Ames
Peggy	Claudette Hovdvard
Guy	Charles Pritsmon

ARGUMENTO DE LA PELICULA

PRIMERA PARTE

En la toldilla del magnífico trasatlántico que hacía la travesía de Londres a América, el pasaje de primera iba arreglando todas sus cosas, equipaje y cuanto le había servido para mayor comodidad del viaje, en vista de que faltaba solamente un día para llegar al puerto de desembarco.

Entre los que componían el pasaje iba una mujer joven, extraordinariamente hermosa y que miraba ansiosamente hacia el horizonte, como si quisiera descubrir la proximidad de la tierra. A su lado, un hombre de algunos años más que ella, pero todavía lo suficientemente joven para inspirar una pasión amorosa, hablaba amistosamente con ella y le decía:

—Mañana llegaremos a Nueva York.

La joven suspiró tristemente y exclamó con verdadera impaciencia:

—¡Qué lentitud!

—¿Ansía volver a su hogar? — preguntó sonriendo su compañero de viaje —. ¿Qué le espera al llegar?

—Todo cuanto amo — exclamó ella con entusiasmo —; mi casa, mi jardín, mi marido, mis amigos.

Su compañero de viaje se la quedó mirando algo confuso, y al fin no pudo menos que decirle:

—Es usted excepcional. Las americanas casadas que conozco abominan de sus maridos. En Europa no las oímos más que lamentarse de ellos.

La joven sonrió deliciosamente, y como queriéndole dar a entender el amor que sentía por su esposo, le respondió:

—Sin embargo, la americana feliz permanece en América... Yo fui a Europa a ver a mi madre y vuelvo ilusionada a América, al lado de mi marido...

—No sabe usted cuánto ansío conocer a su marido para felicitarle por la suerte que tiene... ¡Debe ser tan hermoso ser amado por una mujer como usted!

La joven le miró sonriente, pensando que su marido pensaba igual que él y se despidió para ir a su camarote y arreglar su equipaje definitivamente.

Al día siguiente, sobre la cubierta del barco todo el pasaje se arremolinaba queriendo ver a los que esperaban, mientras que la jo-

ven que hemos presentado primeramente se afanaba en buscar en el puerto a su marido. Por más que miraba a todas partes no encontraba a su esposo y su compañero de viaje al darse cuenta de la emoción que sentía la joven en aquel instante, le dijo sonriendo:

—Está usted verdaderamente emocionada... Dentro de poco será usted una mujer feliz por completo.

Unos oficiales del barco se acercaron a él y respetuosamente le dijeron:

—Los periodistas quieren entrevistarle, señor Guy.

Este se volvió a la joven y despidiéndose de ella le dijo sonriendo:

—Ya ve usted las consecuencias de ser demasiado conocido.

La muchacha sonrió afectuosamente y se despidió diciéndole a su vez:

—Gracias por sus atenciones, señor Guy... y adios.

—Adios, no—exclamó él—. Diga hasta la vista... Pienso hacerles una visita.

Por fin la bella viajera vió entre los que esperaban a su cuñado y gritó alegremente, a la vez que agitaba el pañuelo:

—¡Eh, Bill...!

Este se abrió camino a fuerza de empujones y consiguiendo subir al barco, donde la joven siguió preguntándole:

—¿Y Don?... ¿Dónde está Don?

— ¿Don?... ¿Su marido Don?... Pues está en Filadelfia.

Y procurando cambiar la conversación, se quedó mirando a la joven y le dijo:

—El viaje le ha sentado admirable, Nancy.

La cogió por el brazo, la acompañó hasta el coche que los esperaba y horas después entraban en una magnífica finca situada a algunos kilómetros de la ciudad. Nancy se sentía infinitamente feliz al encontrarse nuevamente en su hogar y al ver a la esposa de Bill que había salido a recibirla, la abrazó cariñosamente diciéndole:

—¡Qué alegría de verte, Sally!... ¡Cuántas ganas tenía ya de verme en mi casita! Os echaba tanto de menos a todos vosotros... Voy a arreglarme un poco y en seguida vuelvo.

Salió de la sala para dirigirse a sus habitaciones y aquel momento lo aprovechó Sally para decirle a su marido:

—¿Le has dicho algo?

Bill bajó la cabeza, como si sobre él pesase alguna grave responsabilidad y respondió apenado:

—No puedo Sally... preferiría que me partiese un rayo antes que darle ese disgusto.

Sacó del bolsillo un frasco de alcohol y bebió de su contenido, ante la extrañeza de su mujer que le reprendió diciéndole:

—¿Por qué bebes?

—Es vino ferruginoso... El alcohol que tiene es para que no se oxide el hierro.

Pero el momento no se prestaba a discusiones, puesto que algo más grave ocurría en la familia y Bill, mirando unas cuantas cartas que había sobre la mesa, exclamó:

—Mira, las cartas de Nancy sin abrir.

En aquel momento entró ésta y al advertir la expresión de los dos esposos supuso que algo grave debería ocurrir y preguntó extrañada:

—¿Por qué tanta solemnidad?

Bill comprendió que había llegado el momento definitivo y procuró confesar a Nancy la verdad de cuánto ocurría diciéndole:

—Le diré, Nancy... como buen amigo que soy... pues... Sally y yo creemos que... la verdad... — no se atrevió a terminar lo que tenía que decir y se volvió a su mujer diciéndole:

—¡Anda, díselo tú!

—¿De qué se trata? — preguntó alarmada Nancy. — ¿Acaso Don... está enfermo?

—No, no es eso — respondió Sally. — Es que hay novedades, no muy buenas por cierto... Don está enamorado de otra mujer.

Nancy se echó a reír y exclamó convencida de lo que decía:

—No lo creo. ¡Con los cables que Don me enviaba!

—Sí, ya sé que eran cables incandescentes de amor, pero los mandaba yo... El está en

Nueva York, no en Filadelfia como había dicho al principio.

Ante la insistencia de Sally y de Bill, Nancy sintió un gran vacío al advertir que en aquella vuelta que ella tanto ansiaba, en vez de encontrar el amor del marido a quién adoraba se hallaba con su desvío y su indiferencia. Durante unos segundos luchó con el dolor que le causaba aquella noticia y finalmente preguntó:

—¿Creeis que es cierto ese amorío?

—Me temo que sí — respondió Bill. — Mire sus cartas.

Nancy cogió todas aquellas cartas que ella había escrito y al ver que estaban cerradas murmuró tristemente:

—¡Ni siquiera las ha abierto! — No pudo impedir que las lágrimas afluieran a sus ojos y cuando Sally pretendió serenarla, Nancy haciendo un esfuerzo sobre sí misma, preguntó:

—¿Cómo es ella?

—No la he visto nunca — respondió Sally.

—No podría decirte si es guapa o fea.

—Yo sí — exclamó Bill. — Es una rubia con agravante de que no se separa nunca de su mamá... Ambas son compañeras de cacería y Don ha sido la pieza... Algo de culpa ha sido suya, Nancy.

—¿Mía? — preguntó extrañada Nancy.

—¿Se puede querer más a un marido que lo que yo quiero al mío?

—Su cariño no lo pongo en duda, pero usted lo dejo solo.

—Fué en contra de mi voluntad... No tenía más remedio que ir a Europa.

—Pero la esposa debe estar junto a su marido. Si a un hombre casado se le deja suelto... ¡Dios sabe lo que pasa!... En cuanto a Don lo creo irresistiblemente perdido...

—Pero Don está casado conmigo y no puede de casarse con esa mujer—exclamó Nancy.

—Es que se me ha olvidado decirle que Don pretende divorciarse.

—Si pretende eso no lo conseguirá—exclamó decidida Nancy—. Le amo demasiado para dejar que me lo quite una mujer de la clase de esa que lo ha casado.

Bill se acercó a la joven y cariñosamente le dijo:

—Nancy voy a permitirme darle un consejo. Usted le brinda prodigamente amor a Don, mientras que la otra, Peggy, se hace desear... Si quiere retener a su marido debe emplear las mismas armas que su rival, poner en juego toda la astucia femenina. Yo creo que es la única manera de conseguirlo.

En aquel momento entró un criado anunciando la llegada de Don Gibson y Nancy se negó a recibarlo exclamando:

—¡No quiero verle!... ¡No tenemos nada que hablar!

—Se equivoca usted, Nancy — respondió Bill—. Todavía no han hablado ustedes nada de lo mucho que tienen que decirse. Acuérdese de mi consejo y emplee toda su astucia.

Nancy recogió las cartas que había escrito a su marido y que éste ni siquiera había visto y apenas las había escondido cuando entró Don.

Sally, la hermana de Don, al verlo entrar no pudo contenerse y exclamó, mirándolo despectivamente:

—Deberías avergonzarte...

—Omitamos reproches—exclamó Nancy, comprendiendo que Bill tenía razón en el consejo que le había dado y dispuesta a seguirlo.

—Es mucho mejor—respondió a su vez Don—. Lo único que quiero es hablar contigo a solas, sin que estén éstos delante.

—¡Eso será si ella quiere! — Intervino otra vez Sally, haciendo que Nancy volviera a decirle:

—No hay que ponerse así, Sally... Si todo lo que pasa es lo que acabais de decirme, lo encuentro muy natural.

—¿Te ha dicho Bill...? —le preguntó Don.

—Todo me lo ha dicho y por eso digo que lo encuentro muy natural.

Los dos esposos habían quedado solos y Don empezó a sentir cierta extrañeza ante la actitud de su esposa que continuó diciéndole:

—Sé que estás enamorado de otra y quieres divorciarte y me parece muy natural...

Don cada vez más sorprendido, no pudo menos que expresar su extrañeza diciendo:

—No esperaba esta indiferencia tuya, Nancy...

—Lo comprendo — respondió sonriendo Nancy—. Esperabas una escena de lágrimas y te has equivocado... Cuando se pierde un marido, se busca otro mejor y asunto concluído... ¿cómo es tu novia?

—¿Te importa saberlo? — preguntó algo molesto Don.

—Claro que no tanto como a tí, pero ya sabes que la curiosidad es innata en las mujeres... ¿Piensas casarte?

—Si tú conscientes en el divorcio...

—Por mí no habrá reparo alguno. Siquieres hoy mismo, ahora mismo, firmo, la cesión de mis derechos... Ya vez que me pongo en razón?

—Gracias, Nancy—exclamó Don—. Perdóname por lo que hago... Pero el amor es algo a lo que no se puede obligar... Si tú conocieses a Peggy...

—Te agradecería mucho que me la presentaras—le contestó indiferentemente Nancy.

En aquel instante entró el criado anun-

ciando la llegada de la señora Windle y Don exclamó:

—¡Que no pase esa víbora!... ¡Viene a husmear lo que aquí pasa!

—No te importe—respondió Nancy—. Escondete detrás de la puerta que poco estará aquí.

Y en efecto, en cuanto entró la señora de Windle, a penas saludó a Nancy y le dijo:

—He sabido su llegada y vengo a confortarla en este trance terrible.

—No la comprendo — respondio Nancy, fingiendo una gran indiferencia.

—¿No sabe usted que Don y esas intrigantes...?

—Le advierto—le dijo Nancy—que Peggy Prestons y su madre son amigas mías... Precisamente pasarán aquí unos días... Si su intención es indisponerme con Don, pruebe de hacerlo otro día porque hoy estoy sumamente ocupada.

La señora Windle ante el fracaso de su visita volvió a marcharse y Don salió de su escondite preguntando a su mujer:

Peggy? Ya verás cuando ese escorpión descienda que es mentira...

—Por qué has inventado esa invitación

—Hay un medio de evitarlo — le dijo Nancy—. Invítalas en mi nombre.

—Probaré a ver si aceptan—contestó su



— Peggy, Nancy te quiere invitar un momento.

marido, llamando por teléfono a casa de las Prestons. Cuando se puso al habla con su novia le dijo:

— Peggy, Nancy quiere invitarte... un momento...

Nancy se apoderó del aparato y habló con Peggy diciéndole:

— Mucho gusto en oírla señorita Prestons. Sería un placer para mí si aceptara esta invitación de pasar unos días en nuestra finca.

Sería el modo más airoso de resolver esta situación, sin el menor escándalo.

— Muy agradecida — respondió Peggy. — Cuente con nuestra visita mañana mismo.

— ¿Ves qué fácil se resuelve todo? — exclamó Nancy dirigiéndose a su marido, quien no podía salir de su asombro al ver la actitud de indiferencia que demostraba su esposa.

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

**EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS**

Precio:
UNA pta.

SEGUNDA PARTE

Al día siguiente, acompañada de Don y de su madre, llegó Peggy a la finca donde vivía Nancy, y la señora Prestons no pudo menos que exclamar admirada de la belleza de la casa:

—¡Esto es un paraíso!... ¡Es encantador!

Don entregó al criado que salió a recibirlos la maleta y acompañó a Peggy y a su madre al interior de la casa. Nadie había salido a recibirlos y Peggy miró a Gibson diciéndole de malhumor:

—¿Creí que nos recibiría alguien?

—Es posible que Nancy esté en su cuarto, voy a buscarla.

Subió a las habitaciones de su esposa, mientras que Peggy y su madre inspeccionaban la sala y la joven le dijo finalmente:

—Mi primera cosa, en cuanto me case, será cambiar todo el mobiliario. Se fijó en un cuadro que había colocado en la pared y conti-

nuó diciendo: —¡Ese fantasmón merece la hoguera!

En aquel momento entró Bill y su esposa, quien se presentó a las Prestons diciéndoles:

—Soy la hermana de Don.

—Y yo soy Bill Ross, cuñado de Don.

—Es decir... un enemigo natural...

Antes que Bill pudiera contestar se presentó Don y excusó la ausencia de Nancy diciéndoles:

—Nancy está arriba y bajará en seguida.

Pero con gran sorpresa de todos, Nancy, que había estado espiando la llegada de Peggy, apareció por la puerta del jardín, disculpando su ausencia y diciendo:

—Perdónenme... Estaba ocupada en el jardín.

Don hizo las presentaciones necesarias y Nancy, fingiendo admirablemente le dijo a la joven:

—Qué alegría que haya venido, Peggy.
¿Puedo llamarla así familiarmente?

—Desde luego—respondió Peggy, que no supo adivinar el juego de la esposa del hombre que ella deseaba atrapar—. Su actitud es deliciosamente moderna y ejemplar.

—Hay que modernizarse—respondió sonriendo Nancy—. Eso de considerar a los maridos como intransferibles es algo muy antiquado.

Peggy, impresionada por la indiferencia de

Nancy no pudo menos que expresarla diciéndole:

—Pocas mujeres obrarían tan cuerdamente como usted. No me la esperaba así, créame. Verdaderamente Don no sabe apreciarla en todo lo que vale.

—Tal vez Don le haya hablado mal de mí, pero no le guardo rencor—respondió bromeando Nancy—. ¿Quieren que salgamos al jardín a tomar el te?

Las Prestons aceptaron la invitación, mientras que Don y los esposos Ross no salían de su extrañeza, sin poderse explicar aquella indiferencia que demostraba Nancy.

Una vez preparados para tomar el te, la misma Nancy fué la que invitó a Peggy para que lo sirviese diciéndole:

—Debe usted empezar ya a practicar las costumbres de mujer casada.

—Con mucho gusto—exclamó Peggy, sirviendo ella misma el te a los reunidos.

Cuando estaban ya todos charlando animadamente, Nancy llamó la atención a su marido diciéndole:

—¿Estás cómodo, Don?

—¿Por qué lo dices?—preguntó éste.

—Porque Peggy y yo vamos a juzgarte severamente — le respondió su mujer riendo.

—Y dirigiéndose a su rival continuó diciendo: —Le cedo a Don con todos los honores.

El divorcio puede quedar resuelto en muy pocos días.

—No sé cómo agradecerle todo esto—exclamó Peggy.

—No me lo agradezca, porque en todo ello hay algo de egoísmo, ¿verdad Sally?

La pobre mujer miró sorprendida a su cuñada y ésta continuó diciéndole:

—Si no lo has dicho, voy a hacerlo yo, no sería noble engañar a Peggy. Ya comprenderá que no se regalan maridos a menos que haya otro.

—¿Otro?—exclamó Don, sin poderse contener—. ¿Has dejado otro en París?

—Naturalmente. Me aterraba la idea de decírselo a Don. Temía destrozar su vida, abrumarlo, y usted, Peggy, lo ha solucionado todo admirablemente.

—Pero... ¿es verdad que quieres a otro?

—insistió preguntando su marido, sin poder contener sus celos.

—Creía que lo habrías comprendido—respondió Nancy—. Te lo insinué por carta... ¿No leiste mis cartas?... ¿Comprendes ahora que me sienta tan feliz?

—¿Y piensas casarte con él?—preguntó molesto Don.

—¿Por qué te asombras así?... ¿Acaso no me merezco yo que me amen también?—preguntó Nancy, que iba dándose cuenta del resultado satisfactorio de su juego.



Corrió en busca del recién llegado.

—Bah, eso debe ser una broma tuya—respondió casi convencido Don. Pero precisamente en el mismo momento, un criado anunció la llegada del señor Guy y Nancy, demostrando una gran alegría, exclamó:

—Guy aquí... ¡Qué alegría!... No esperaba que llegase tan pronto.

Corrió en busca del recién llegado, mientras que Don preguntaba:

—¿Conocen ustedes a este Guy?

—Ya lo creo—respondió Peggy—. Es un gran escritor inglés.

Desde donde tomaban el té vieron descender al señor Guy de su coche y hablar animadamente con Nancy, a quien le decía:

—Ya le dije que les haría una visita, señora Gibson.

—Le ruego que no me llame señora Gibson—le contestó Nancy tomándole del brazo—. Llámeme sencillamente Nancy.

La joven lo llevó a donde estaban los demás reunidos y después de presentarlos le dijo a Guy:

—Le daré el cuarto de Don... ¿Quiere venir conmigo a verlo?... Está al lado de donde yo duermo.

Se lo llevó hacia el interior de la casa, mientras que Don, que empezaba a sentirse celoso de aquel individuo los siguió discretamente:

Nancy, que advirtió a su marido, procuró mostrarse lo más cariñosa posible con Guy y le decía mientras le llevaba a su cuarto:

—¡Cuánta alegría en verlo, Guy!... ¡Ansiaba ya por tenerlo otra vez a mi lado!

El escritor sorprendido por aquella actitud no pudo menos que decirle:

—No comprendo lo que le ocurre... ¿Quiere explicarme?

Nancy en voz baja para que no la oyese su marido le respondió:

—Se lo explicaré luego—y en voz alta exclamó—: No sea tan audaz... ¿Recuerda aquellas noches de Venecia?

—¡Ah, Venecia!—respondió Guy sin comprender todavía nada.

—¿Cómo era aquella canción que tanto me emocionó?... ¿No la recuerda?—Y al ver el gesto de extrañeza de Guy, volvió a decirle—: Siga la farsa... Ya le contaré.

El escritor empezó a sospechar algo de lo que pasaba y exclamó:

—Ah, Venecia... Aun veo aquella luna reflejada en sus ojos y usted a mí lado, sintiendo su corazón palpitante junto al mío...

Habían llegado a la puerta de la habitación y Guy se despidió de ella fingiendo que la besaba, al mismo tiempo que le decía en voz alta:

—Hasta muy pronto, amada mía...

Se encerró en su cuarto y Nancy volvió a bajar, encontrándose con su marido que le preguntó:

—¿Dónde le conociste?...

—En Venecia—respondió tranquilamente Nancy.

—¿Y por qué le has invitado?... ¿No comprendes que esto dará lugar a un escándalo?

—Es que yo creí que después de leer mis cartas ya no estarías aquí—respondió ella—. Además, creí que querías conocerle, como yo quise conocer a Peggy.

Pero Don no se avenía con la idea de que

su mujer pudiese amar a otro y dejándose llevar por los celos exclamó indignado:

—Creo que Peggy y yo estamos de más aquí.

—No lo tomes así, Don—le reprochó cariñosamente Nancy—. Guy es mi amigo y debes ser amable con él...

—Para evitar cualquier incorrección lo mejor es que nos vayamos de aquí—le respondió su marido.

—Como tú quieras, querido—terminó diciéndole Nancy, sin hacer la menor acción para detenerlo.

Nancy fué a salir tras él, pero el señor Guy la detuvo para decirle sonriendo:

—Parece que intrigamos, ¿verdad? He podido enterarme de algo de lo que pasa.

Nancy apenas si pudo contener las lágrimas y le respondió:

—Es preciso que usted me ayude, señor Guy. Don quiere abandonarme.

—Para eso cuente con mi ayuda—respondió Guy—. Aunque tenga que perder todas mis esperanzas.

Nancy le estrechó la mano conmovida y el señor Guy se la quedó mirando, como si quisiera leer en aquellos ojos tan dulces y expresivos toda la bondad que encerraba el alma de la joven esposa.

TERCERA PARTE

La llegada de Guy había venido a hacer cambiar el rumbo de los acontecimientos. La madre de Peggy, al enterarse de que la nueva visita era nada menos que un Barón y millonario, pensó que aquel partido no estaría mal para su hija, y le dijo:

—Es preciso que te valgas de forma que el barón se fije en ti.

—¿Y Don?—preguntó su hija.

—Bah, eso no le hace—respondió despectivamente la madre—. ¿Vas acaso a comparar a Don con el barón? Ya sabes que siempre he procurado tu felicidad, ésta está a punto de llamar a tu puerta, no la desoigas, Peggy.

Y los razonamientos de la madre dieron por resultado el que desde aquel día Peggy se dedicara discretamente a la conquista del aristócrata novelista.

Por la tarde salieron a dar un paseo en bicicleta y Peggy le dijo intencionadamente:

—La señora Gibson es sumamente encantadora, ¿verdad?

—¡Maravillosa!—respondió Guy.

—Y dueña de su corazón además, ¿verdad?

—¡Oh, no!—respondió el escritor—. Yo soy libre, libre como un pájaro sin jaula... ¿Y usted?

—Yo soy una jaula sin pájaro—respondió la joven sonriendo coquetamente.

—¡Quién fuera el feliz mortal capaz de poder abrir la puerta de ese encierro encantador!—le dijo galantemente Guy.

Y durante todo el paseo, el novelista dejó entrever cierto interés por la joven, que iba dándose cuenta de que el pájaro estaba a punto de caer en la red que le había tendido.

A aquella noche cuando madre e hija estaban vistiéndose para la cena, la señora Prestons le preguntó a Peggy.

—¿Se te ha declarado el barón?

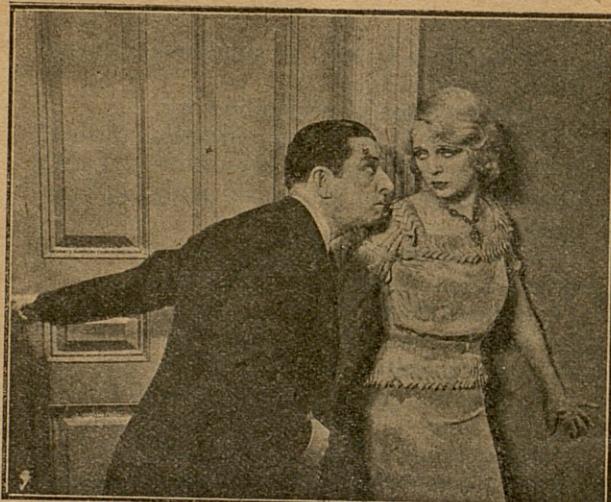
—Casi, casi—respondió la joven—; anda buscando una jaula para encerrarse.

—Pues ten cuidado con comprometerte demasiado.

—Ah, mamá—exclamó de pronto la muchacha—, se me olvidaba decirte de que tú estás enferma esta noche.

—¿Que yo estoy enferma?—preguntó extrañada su madre—. Estoy perfectamente bien.

—Es preciso que te finjas enferma y de



A Don le molestaba la intimidad que tenía con Guy.

esa forma no podremos irnos con Don... Estoy a punto de intimar con Guy y no es cosa de echarlo todo a perder.

Don iba advirtiendo también cierto despego en Peggy, aun cuando no pudo llegar a sospechar la causa, si bien por su parte, cuan-
to mayor era la indiferencia que su mujer parecía demostrarle, más iba convenciéndose de que Nancy era encantadora. Le molestaba grandemente aquella intimidad que tenía

con Guy y de muy buena gana le habría echado de la casa. No obstante, supo cubrir las apariencias y aquella noche tuvo que soportar el suplicio de ver como Nancy admiraba al novelista, mientras éste tocaba al piano.

Poco después en una mesita jugaban al poker Don, su esposa, Peggy y Bill. Este iba de compañero con Nancy y Peggy con Don. La joven deseaba hablar a solas con Guy y buscó el motivo de terminar la partida diciendo:

—¡Don, no te fijas nunca!

—Perdón, me distraje—respondió éste, ex-
cusando su mala jugada.

—Los jugadores distraídos me irritan —
exclamó Peggy—. Voy a tomar un poco de
fresco al jardín.

Don pretendiendo disculparla les dijo a los otros:

—Peggy está preocupada con la enferme-
dad de su madre. Sigamos la partida con
Sally.

Pero Peggy, que había visto salir a Guy al
jardín corrió en su busca.

Poco después la partida quedó terminada
y Nancy le dijo a su marido:

—¿Quieres venir un momento para ter-
minar de poner la mesa?... Tú me ayudarás.

Y con encantadora coquetería, Nancy fué
haciéndose ayudar por su marido que en-

cantado de poder estar a solas con su mujer, ni se acordaba ya de que existía Peggy en el mundo.

—Te veo demasiado con Peggy—le dijo Nancy, queriendo llevar la conversación al terreno que le convenía.

—No—respondió Don sin darle importancia—. El que me molesta es Guy, aunque en realidad la que debería estar ofendida con él eres tú.

—Bah—exclamó su esposa—, el amor es ciego e irresistible. Dentro de poco cada uno de nosotros dos será feliz con el ser elegido.

—Pero eso no impedirá que sigamos siendo buenos amigos, ¿verdad?—preguntó su esposo—. ¡Tendremos tanto que recordar!

—¡Fuimos tan felices!—murmuró Nancy.

Los dos esposos se habían sentado cerca el uno del otro y por su mente empezaron a desfilar los acontecimientos más gratos de su vida de casados, hasta que Nancy exclamó:

—Se está haciendo tarde para cenar... Vamos a buscarlos.

Salieron al jardín y vieron que Peggy se dirigía hacia la casa, mientras que Guy la sujetaba por el talle. El novelista besó apasionadamente a la joven, que sin darse cuenta de que los veían respondió a la caricia y Nancy, para que se fijasen en ellos, exclamó en voz alta:

—Les hemos estado observando.



Peggy y Guy salieron al jardín.

—En ese caso—respondió Guy—, nos quedamos sin cenar y nos marchamos inmediatamente.

Don cogió entre sus manos las de su mujer y exclamó conmovido:

—Lo siento, Nancy, pero ten confianza en mí, no permitiré que Peggy te haga sufrir robándote el cariño de Guy.

El novelista estaba satisfecho de haber podido conseguir su objeto y cuando Peggy fué

a buscarlo para marcharse con él, le dijo sonriendo:

—Yo no me voy, Peggy, márchase usted si quiere. He hecho venir un taxi y dentro de diez minutos tendrá usted coche.

La joven se dió cuenta de la burla de que había sido objeto y corrió a sus habitaciones con el fin de poder arreglar su equipaje y marcharse inmediatamente:

Cuando quedó solo Guy, entró el marido de Nancy y le dijo violentamente:

—Vengo a decirle que olvide usted a Peggy. Nancy es la mujer más noble del mundo y no tiene usted derecho a hacerla sufrir.

—¿Qué es lo que pretende usted que haga?—preguntó irónicamente el novelista.

—¡Que cumpla su compromiso con Nancy!—le gritó Don.

El barón, sin perder su natural sangre fría se sentó frente al piano y le dijo:

—Tengo que pensarla... y sólo pienso bien cuando toco el piano. Aunque me parece que el que está enamorado de Nancy es usted.

Don sin querer ocultar por más tiempo este sentimiento que sentía por su esposa, que había sabido recuperarlo nuevamente, exclamó:

—Es verdad. Amo a Nancy igual que el primer día de nuestra boda, pero quiero que ella sea feliz antes que nada... Procure hacerla dichosa y dígale que me he ido...



—Perdóname, Nancy... Estaba ciego.

Cuando estaba a punto de salir, entró su mujer que había oído la conversación y le dijo:

—Don, ¿quieres traerme un pañuelo?... Están en el cajón de mi tocador, en el mismo sitio de siempre...

Corrió Don a buscarlo, mientras que Nancy le decía a Guy:

—¡Cuánto le debo, Guy!

—Todo se lo merece usted, Nancy—respondió conmovido el novelista.

Mientras tanto, Don había abierto el cajón donde solían estar los pañuelos y en vez de ésto encontró las cartas que su mujer le había escrito desde Europa, en las que le expresaba el inmenso amor que por él sentía. Comprendió que todo aquello del novelista había sido un juego para conquistarla y hacerle ver lo equivocado que estaba al querer casarse con Peggy y corrió en busca de Nancy.

Guy se había marchado ya de la finca, lo mismo que Peggy y su madre y Don al encontrar a su mujer la estrechó en sus brazos diciéndole:

—Perdóname, Nancy... Estaba ciego y hasta no he sabido donde está la verdadera dicha de mi vida.

Pero Nancy, mientras se dejaba abrazar, le decía sonriendo:

—Alguna culpa he tenido yo en marcharme sin ti, pero desde hoy en adelante no nos separaremos, por más urgente que sea el viaje.

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Pida hoy mismo el nuevo

CATÁLOGO ILUSTRADO

que acaba de aparecer y que reproduce las artísticas portadas de los títulos que con éxito inmenso ha publicado esta Editorial

PRONTO

CENTENARIO

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LO INESPERADO - SORPRENDENTE

En Prensa: **CATÁLOGO GENERAL**

EDITORIAL "ALAS" Ap. Correos 707
BARCELONA

SIEMPRE

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

Publica

LAS MAS GRANDES CREACIONES
de
LOS MAS EMINENTES ARTISTAS
presentadas por
LAS MARCAS MAS FAMOSAS

LOS ÉXITOS DE LA TEMPORADA:

UNA CANCIÓN, UN BESO, UNA MUJER, G. Froelich.
UNA HORA CONTIGO (3.^a ed.), Chevalier, Mac Donald
DOS CORAZONES Y UN LATIDO, L. Harvey, H. Garat
RONNY, Kate de Nage, W. Fritsch.
ATLANTIDA (2.^a ed.), Brigitte Helm.
EL EXPRESO DE SHANGAI, M. Dietric, C. Brook.
COCKTAIL DE CELOS, C. Bennet, B. Lyon.
UN CHICO ENCANTADOR, M. Lemonnier, H. Garat.
LA REINA DRAGA, Pola Negri.
VICTORIA Y SU HUSAR, I. Petrovich.
EL CONGRESO SE DIVIERTE, L. Harvey, H. Garat
REMORDIMIENTO (2.^a ed.), Phillips Holmes, N. Carroll.
¡QUE PAGUE EL DIABLO!, R. Colmal, L. Young.
EL IDOLO, John Barrymore, Marian Marsh.
BAJO FALSA BANDERA, Gustav Froelich.
MANCHURIA, Richard Dix.
EL HOMBRE Y EL MONSTRUO, Frederic March.
DAMAS DE PRESIDIO, Silvia Sidney.
ESPERAME (2.^a ed.), Carlos Gardel.
AMAME ESTA NOCHE, M. Chevalier, J. Mac Donald.
UN "AS" EN LAS NUBES, Billie Dove.
LA COMEDIA DE LA VIDA, Florelle.
UNA NOCHE CELESTIAL, John Boles.
POR LA LIBERTAD, Luis Trenker.
EL MARIDO DE MI NOVIA, Marie Clory.
PRESTIGIO, Adolphe Menjou.
ROCAMBOLE, Rolla Norman.
14 DE JULIO, Film René Clair.
REDIMIDA, Tallulah Bankhead.
EL MILAGRO DE LA FE, Silvia Sidney.
LA VENUS RUBIA, Marlene Dietrich.
RASPUTIN, Conrad Veidt.
LA AMANTE INDOMITA, Bebe Daniels.
MERCEDES, Carmelita Auber.
SUEÑO DORADO, L. Harvey-H. Garat.

||||| Precio del tomo UNA PESETA |||||

Editorial ALAS - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis.

Ediciones Biblioteca Films



la más anti-
qua novela
cinema-
tográfica

PRECIO
1 peseta
:: tomo ::



SENTIMENTAL
INCONFUNDIBLE



SUGESTIVA
INOLVIDABLE



REMITA EL IMPORTE EN SELLOS
DE CORREO MÁS CINCO CÉNTIMOS PARA EL CERTIFICADO.
FRANQUEO GRATIS



PEDIDOS A EDITORIAL "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona